

Jesús Daza Martínez. *In memoriam*

En su novela *Confusión de sentimientos. Apuntes personales del consejero privado R.V. D.*, Stefan Zweig escribe: “Este libro no dice una sola palabra del secreto de mi iniciación a la vida intelectual: por eso no pude menos que sonreír. Es cierto todo lo que contiene, sólo falta lo esencial. Me describe, pero no me expone. Habla simplemente de mí, pero no revela quién soy. Doscientos nombres abarca ese registro cuidadosamente confeccionado, pero falta uno del que emana todo impulso creador, el nombre del hombre que decidió mi destino y que ahora con redoblada fuerza me obliga a evocar mi juventud”. Ese hombre fue para mí don Jesús Daza Martínez.

Conocí a don Jesús en octubre de 1984. Pero mucho antes, cuando era estudiante de Filosofía y Letras, su nombre empezaba a reconocerse en el joven Campus de Alicante. Recuerdo su primera clase y las indicaciones que nos hizo. No fue una presentación al uso, como no lo fue su persona. La primera impresión que tuve fue que estaba ante un profesor diferente a cuantos había tenido a lo largo de mi anterior Licenciatura. “No vengo a dictar apuntes y a explicar la lección. Seréis vosotros, con vuestras dudas y preguntas, quienes lo haréis”. Un planteamiento tan heterodoxo no podía no llamarnos la atención. Y a fe que lo hizo. Sus clases abrían a sus alumnos horizontes antes jamás imaginados por la ortodoxia reinante. Su forma de expresarse y sus continuos diálogos desestabilizaban a los alumnos silentes, a los alumnos que no deseaban conocer, ni aprender la cultura jurídica, a los alumnos que preferían padecer el mal de la ignorancia. Un mal que siempre combatió con firmeza y vigor. Y era lógico que así sucediera, porque no sólo ponía en tela de juicio a un buen número de teorías que la doctrina consideraba incommovibles –por seguras y por ciertas–, sino porque en sus clases nos incitaba a leer y a pensar más allá de los libros, más allá de los límites de la programación oficial. Una libertad de Cátedra que manejaba con responsabilidad y valentía, fruto de una gozosa multiplicidad de enfoques y de una visión unitaria de la vida y de la Historia, de una Historia entendida como Ciencia global e integradora, producto del análisis y de la reflexión.

¿Qué era lo que un joven alumno podía ver en este profesor? A mi juicio, no sólo que enseñaba con pasión, e incluso con vehemencia –*rara avis*–, sino que se involucraba en nuestras aletargadas vidas para que despertáramos a ese saber que se contiene en los grandes libros, libros que él tanto apreciaba y conocía. Eso sí, nos despertaba como ese “Chesterton” de la romanística que era: con el tono directo, vigoroso y rotundo con el que se expresaba, y con ese dominio escénico envidiable que poseía. Un dominio de la palabra y del conocimiento que hacía que sus explicaciones captaran nuestra atención en todo momento.

Pasaron los años. Terminé la carrera, y apenas transcurridos unos días, recogí el guante que me lanzó cuando finalizó mi primer curso de Derecho: “¡Alfredo, doctorate en Romano!”. Y así fue. Conocedor de mis estudios, me indicó que hiciera la Tesis Doctoral sobre la Recepción del Derecho Romano, una materia no siempre bien comprendida por la romanística, pero en la que él vio un campo de trabajo aún yermo de estudios. Debo confesar que al principio la libertad que me otorgó me resultó extraña, luego comprendí que a sus discípulos sólo les imponía una condición: la seriedad y veracidad en el trabajo. La única directriz que me indicó fue que siguiera la voz de mi

sentido crítico y de mi conciencia. Ninguna otra voz. Ninguna otra directriz. Una libertad que me llevó a una ilimitada voluntad de indagar, de escuchar razones, de comprender, de reflexionar y de buscar esa verdad que favorece la *humanitas*, ese sello racional y filosófico que representa la imagen del hombre de Ciencia y de Cultura, a la que se llega con la única ayuda de un esfuerzo asiduo, celoso y solitario. Una libertad que nunca olvidaré, como nunca podré olvidar sus consejos, sus palabras de aliento y la tremenda generosidad que siempre tuvo conmigo. Una generosidad de padre, de amigo y de maestro.

La última conversación que pude tener con él fue en diciembre. La vida y la enfermedad le habían pasado factura a lo largo del año. Nunca se quejó, ni dejó que nadie le tuviera pena. Se había retirado de la vida académica sin hacer ruido, y así quería seguir viviendo. En esa larga y fructífera conversación tuvo un recuerdo y unas palabras de verdadero padre para Victoriano Saiz, sin duda, uno de sus discípulos a quien más quiso; para su entrañable Luis Rodríguez Ennes, con quien tanto convivió y conversó; para con mi buen amigo Carlos Sánchez-Moreno, a quien, en silencio, siempre apreció y ayudó; para los compañeros de Valencia, por quienes nunca dejó de interesarse; y para Antonio Fernández de Buján, de quien admiraba su palabra y su sincera lealtad con sus discípulos. En esta *honesto missio*, ambos maestros se identificaban mutuamente.

De sus palabras comprendí que la vida académica no se había acabado con su jubilación. A don Jesús le ocurría algo parecido que al personaje de la obra de Stefan Zweig, *Mendel el de los libros*, para quien “fuera de sus libros nada le alegraba ni preocupaba”. Aunque su mundo era más amplio y más complejo, como buen universitario no podía estar “separado de su mundo, el mundo superior y único de los libros”, de la vida universitaria, a la que había entregado buena parte de su tiempo. El resto de su tiempo lo destinó a la ayuda abnegada de los más necesitados y a su vocación sacerdotal.

Hoy, cuando ya no está entre nosotros, he comprendido que Kafka no se equivocó cuando escribió que “podremos escapar a la palabra del poeta, pero no a su silencio”. Con su muerte hemos perdido su palabra amplia y grave, pero no su silencio; un silencio que reverbera en nuestra mente y en nuestra alma, y lo hace porque sus esfuerzos, su trabajo y su corazón generoso continuarán, a buen seguro, vivo en este alumno agradecido que seguirá conversando con su viejo profesor. Extraño oxímoron para los tiempos en que vivimos. Puede que lo sea, pero para quien esto escribe constituye no sólo un honor poder elevar la voz para evocar la figura de un viejo y querido profesor a quien muchos le debemos parte de nuestras vidas académicas –quizá la mejor parte–, sino una necesidad vital, una necesidad que me obliga a ser fiel a la memoria de un Maestro y a evitar su olvido.

Juan Alfredo Obarrio Moreno
Universidad de Valencia